

MISCELANEA

LA HAZAÑA DE COLON

Por MARIO BRICEÑO PEROZO

Los grandes personajes de la historia, no sólo por la magnitud de su obra y la animosidad de sus enemigos y rivales, han estado, siempre en el centro de la discusión, también, y en gran manera, los ha hecho controversiales y hasta enigmáticos, su particular manera de ser, de obrar y de presentarse ante el común de sus semejantes. El caso de Cristóbal Colón (1451-1506), el Almirante del Mar Océano, es patético ejemplo de lo que afirmamos.

Ya en los umbrales del medio milenio del descubrimiento del Nuevo Mundo, hay todavía quienes discuten o niegan a Colón la paternidad del magno hecho. Se habla de que otros habían ya surcado las aguas del recorrido colombino. O bien que el Almirante se aprovechó de estudios y planes realizados por terceras personas; al respecto, se ha hablado, concretamente, del andaluz Alonso Sánchez de Huelva, a quien se atribuye un viaje de España a Canarias, en 1484.

En el debate han intervenido historiadores de las más diversas épocas, como el inca Garcilaso de la Vega (1539-1616), Martín Fernández de Navarrete (1765-1844) y contemporáneos de indiscutible autoridad como Américo Castro, Salvador de Madariaga, Juan Manzano y Manzano, Antonio Rumeu de Armas, Rev. Hermano Nectario María, Mario Góngora, Enrique de Gandía, Juan Pérez de Tudela, Juan Maura, Joaquín Montezuma de Carvalho y Fredo Arias de la Canal.

Colón, por su parte, se ha mostrado en forma que alimenta la polémica. Hasta la fecha no se sabe con certeza dónde vino al mundo. Se ha hablado de un Colón catalán, extremeño, portugués, griego. Varias ciudades de Italia se lo disputan, pero de todas es Génova la que aporta mayor credibilidad. Recuérdese que de Homero, que da inicio a la Edad de Oro de la Literatura Griega, siete poblaciones helenas alegaron ser la patria chica del poeta, y hasta en pleno siglo XIX, algunos críticos pusieron en duda la autenticidad de sus poemas.

A Colón poco le importó descorrer el velo de su origen. Prácticamente signó su vida con el enigma. Por ello, un escritor venezolano, de certeros atisbos en el campo de la biografía, Carlos Brandt (1875-1964), le llamó "el misterioso Almirante".

* Individuo de Número de la Academia Nacional de la Historia, Sillón letra "M".

Lo enigmático fue llevado por Colón a su firma, es esto lo que en lenguaje corriente se llama logogrifo, pero que, a la luz de la ciencia diplomática, se cataloga como un criptograma. El autógrafo de Colón se fija en cuatro líneas horizontales. La primera, presenta una ese con un punto de cada lado: .S. La segunda, ese, a y ese, también entre puntos: .S.A.S.; la tercera, equis, eme y ye: X M Y; y la cuarta, la abreviatura de Cristo: X po., seguida de la frase FERENS. Cripto-

.S.
S. A. S.
X M Y
XPO FERENS.

grafos, diplomatistas e historiadores, han dado varias interpretaciones a la clave. Nosotros acogemos la suministrada por el ilustre historiógrafo argentino Enrique de Gandía, quien al asignar a cada letra la significación específica, ideada por el Almirante, debe leerse: *Suscribe: Xristhus, Almirante Mayor de Yndias*. El final *X.po FERENS*, se refiere también a Cristo, algo como el que trae a Cristo.

Es una clara demostración de que el enviado de los reyes católicos estaba perfectamente identificado con la religión de los monarcas españoles, y de allí su insistencia en la mención de Cristo.

Para la época de Colón, brillaba en Europa una pléyade de cosmógrafos y de nautas, los primeros, con base en sus conocimientos astronómicos, se empeñaban, en el estudio de la tierra; y los segundos, en explorar, a través de los océanos, las más ignotas regiones. Colón, es, indudablemente, una mezcla de ambos. Tiene de una parte la información indispensable para discutir con los cosmógrafos y le sobra audacia para dominar los horizontes del mar.

España se esforzaba, entonces, en la tarea ciclópea de lograr su unidad. La cohesión nacional imponía concentrar el poder, antes diseminado en reyezuelos o señores, en una sola mano. Y en segundo término, expulsar del territorio patrio a las poderosas fuerzas musulmicas. El logro maravilloso de las dos metas se debe a una acción en común de dos señeras figuras: Fernando II de Aragón e Isabel de Castilla. En los finales del siglo xv, no hubo personalidades tan deslumbrantes en la historia como aquellos reyes insignes.

El fin de la Reconquista lo marca el 2 de enero de 1492, cuando entran a la Alhambra los reyes vencedores, después de once años de guerra contra los musulmanes. Ese mismo año, para mayor gloria de la monarquía católica, el humanista sevillano Antonio de Nebrija (1444-1522), pergeña la *Gramática castellana*, primera en su género de una lengua romance y la primera que aparece en la Europa del Renacimiento. En el espíritu del gramático primó la idea de dar unidad al idioma, tal como sus reyes se la habían dado a sus dominios.

Y ese mismo año de gracia de 1492, para más gloria aún de Fernando e Isabel, se firma, en el Campamento de Santa Fe de la Vega de Granada, la Capitulación Colombina (17 de abril). Documento de extraordinaria importancia, no sólo desde el punto de vista jurídico, sino también del político, del histórico, del

geográfico. Es la partida de nacimiento del Nuevo Mundo. Allí los títulos y preeminencias para Cristóbal Colón, almirante, virrey y gobernador. Y allí los beneficios que se reserva la corona. Después se complementarán estas capitulaciones con un real privilegio firmado, igualmente, en Granada.

Se ha discutido acerca de la calificación jurídica de las Capitulaciones, unos juristas hablan de *merced real*, en contra de lo que Colón y sus familiares creyeron: *contrato bilateral*, o sea lo que los romanos llamaban sinalagmático perfecto. La figura de la *merced real*, en el Derecho Español, era un acto revocable, como cualquier dádiva del monarca. Y a la larga esto se hizo con Colón.

Al cabo del tiempo, Colón cumplió, pero con él, en muchos aspectos de las Capitulaciones, no aconteció lo mismo. Posteriormente vendrá el reclamo oportuno. Primero el descubridor y luego sus descendientes irán a la reclamación judicial con la Corona. De allí los famosos Pleitos Colombinos, con muchos años de alegatos y centenares de infolios.

Empero, en realidad de verdad, a pesar de los contratiempos, de las negociaciones, de las controversias y de los enigmas que rodearon la vida del personaje, nadie en justicia puede negar los altos perfiles de la hazaña de Colón, el 12 de octubre de 1492: el Descubrimiento de América, considerado por el egregio historiador soriano, Francisco López de Gómara (1512-1562), Cronista Oficial de Carlos V, como *el mayor acontecimiento histórico después de la redención del género humano por Nuestro Señor Jesucristo*.

ISABEL I DE CASTILLA

Por MARIO BRICEÑO PEROZO*

Cuando hablamos y ponderamos la hazaña de Colón, vemos en su entorno una serie de personajes sin cuyo apoyo y colaboración todo hubiese sido imposible. Una de esas figuras la encarna, en forma resaltante, aquella a quien la historia llama la reina católica. La mujer más excelsa de su época.

Hija del rey Juan II y de su segunda esposa Isabel de Portugal; nació Isabel en Madrigal de las Altas Torres, el 22 de abril de 1451. El nombre de Isabel, con el cognomento de la católica, responderá exactamente a las raíces hebreas y griegas que dan la connotación de mujer consagrada por juramento a Dios. La primera en el santoral es Santa Isabel, la madre de San Juan Bautista. Don Juan II murió cuando Isabel contaba apenas tres años de edad. Se educó en Arévalo, ciudad de ensueño y de leyenda. Tierra de héroes y de santos.

La infanta se formó entre humanistas y guerreros, y con la sabiduría de unos y la experiencia y bizarría de los otros templó su carácter. Mujer de avasalladora

* Individuo de Número de la Academia Nacional de la Historia. Sillón letra "M".